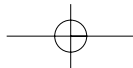
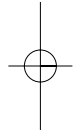
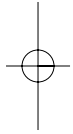
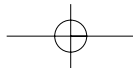
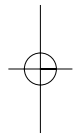
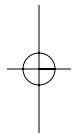


## Prólogo





## La llave debajo de la puerta

La hierba amarga se tomaba en la cena de la víspera de la Pascua judía. Era el recordatorio de la salida de Egipto, del largo peregrinaje por el desierto. Se tomaba acompañada con pan ácimo. Era el recuerdo de la salida de Egipto, y también el recuerdo de todas las demás salidas que a lo largo del tiempo habían tenido que hacer los judíos, «*un éxodo, por los siglos de los siglos*».

Cuando Marga Minco cena hierbas amargas y pan ácimo y desea abrir la puerta «*para que el desconocido fatigado pudiera ver que era bienvenido y podía sentarse a nuestra mesa*», millones de judíos en Alemania, en Austria, en Polonia y también en Holanda, su país, el país de su familia, están siendo sacados de sus casas. No para ser llevados a otro lugar más benigno sino para ser encarcelados en un campo de concentración nazi, para sufrir hasta la extenuación y para morir en las cámaras de gas.

Cuando los nazis sacan a los judíos de sus casas, las puertas quedan abiertas. Una casa con las puertas abiertas es una familia más en el *Lager*, camino del crematorio. Y un lugar

X PRÓLOGO

en el que observar las vidas ajenas a través de sus objetos domésticos: bolsos y ropa abandonados...

La situación de excepción es evidente, pero el peligro parece todavía lejano, como si a Breda, donde viven los Minco, sólo pudiera llegar un eco: «*todas esas terribles historias que había oído contar durante los últimos años. Parecía estar todo siempre tan lejos...*».

Y el padre, judío religioso que teme que sus hijos abandonen la fe, siempre tiene una palabra agradable, que sirve para quitarles el miedo, aunque sea durante sólo un instante: «*Su optimismo era tan indestructible que se contagiaba. A menudo le preguntaba qué le parecía la situación en que nos encontrábamos sólo porque ya sabía de antemano que oiría algo tranquilizador*».

La hierba amarga es la historia de una huida: la de la familia Minco de los nazis. Y además la de otros muchos holandeses judíos que sufrieron el mismo tormento que los Minco.

Anne Frank, que vivía en Ámsterdam, cuenta en su *Diario* cómo los judíos pasaron de ser ciudadanos holandeses a convertirse en enemigos: «Primero la guerra. Luego la capitulación, seguida de la llegada de los alemanes. Entonces empezaron los sufrimientos para nosotros los judíos. Las leyes antisemitas se sucedieron unas a otras con velocidad vertiginosa: los judíos se vieron obligados a llevar una estrella amarilla; los judíos tuvieron que entregar sus bicicletas; los judíos no pudieron viajar en tren y no se les permitió conducir coches; sólo se les permitía hacer sus compras entre tres y cinco de la tarde en las tiendas especialmente marcadas con el rótulo “establecimiento judío”. Se ordenó a los judíos que

se recogieran a las ocho y ni siquiera podían sentarse en su propio jardín después de esa hora. Se les prohibió la entrada en teatros, cines y otros locales de diversión. Los judíos no podían tomar parte en deportes públicos. Tampoco se les permitía ir a piscinas, pistas de tenis, campos de jockey ni de ningún otro deporte. Los judíos no podían visitar a los cristianos. Los judíos debían ir a escuelas semitas y se veían sujetos a otras muchas prohibiciones parecidas a éstas».\*

Los Minco tienen que salir de Breda, donde regentan una sastrería que tiene el «olor, seco y dulzón, tan característico de la ropa nueva». Incluso cuando son obligados a coser las estrellas amarillas a su ropa lo hacen con esmero:

*«Cogimos los abrigos del perchero y nos pusimos a coserles las estrellas. Bettie lo hacía minuciosamente, con pequeñas puntadas imperceptibles.*

*—Hay que hacerles un dobladillo —me dijo al ver que estaba cosiendo la estrella a mi abrigo con enormes puntadas chapuceras—. Así queda mucho mejor.*

*—Me parece muy poco práctico —le respondí—, ¿cómo puedes sacar un dobladillo de estas puntas miserables?*

*—Primero tienes que doblar los bordes —me aleccionó Bettie—. Después prendes la estrella con alfileres al abrigo y la hilvanas, luego la coses y vuelves a sacar el hilván, así siempre te quedará bien.»*

Marga queda hospitalizada en Utrecht, donde «la guerra y las nuevas disposiciones sólo aparecían en mi cama duran-

\* Cito por mi ejemplar de *Las habitaciones de atrás* [El Diario de Anne Frank], traducción de M<sup>a</sup> Isabel Iglesias; Garbo, Barcelona, abril de 1955; página 9.

## XII PRÓLOGO

*te las horas de visita, pero era como si no tuvieran nada que ver conmigo o como si se tratara de un mundo distinto». Sus padres marchan a Amersfoort, donde vive su hijo Dave. En Amersfoort, los hombres judíos son examinados para comprobar si son aptos para el trabajo en los campos. El padre presume de una persistente erupción cutánea y el hijo se envenena un poco con una pócima: juegos para aplazar la muerte.*

Amersfoort es sólo la primera estación de la huida. Cuando Marga se reencuentra con su familia, sus padres son evacuados obligatoriamente a Ámsterdam porque tienen más de cincuenta años. En Ámsterdam se ha organizado un gueto, y el padre lo ve cómo una oportunidad para volver a vivir una mayor espiritualidad. Marga arriesga su vida para estar junto a ellos: Ámsterdam *«estaba húmeda y oscura. Había bastante gente en la calle. Se desplazaban por la amplia acera del Damrak como si fueran sombras».*

En Ámsterdam, los Minco empezarán a ser más conscientes de su mala situación, y su huida deja de ser un deseo posible para convertirse en una lucha subterránea.

Marga le dice a su padre: *«Pasar a la clandestinidad me parece algo así como retirarse del mundo».*

Pero su padre ha perdido parte de su optimismo y sólo piensa en encontrar un escondrijo, un refugio seguro, un lugar en el que ver y no ser visto:

*«—Éste sería un buen escondite —comentó.*

*Trepó por la empalizada y nos pusimos en cuclillas tras un árbol que no era nuestro ni de los vecinos. Los pies se nos hundían en el suelo blando y olía a hojas podridas.*

*Mientras estábamos ocultos en la penumbra, mi padre se puso a silbar.*

*—¡Hola! —gritó después.*

*—¿Dónde estáis? —preguntó mi madre. Al parecer, se había quedado traspuesta.*

*—¿Puedes vernos? —gritó mi padre.*

*—No —respondió mi madre—, ¿dónde estáis?*

*—Aquí —dijo mi padre—, tras la empalizada, mira bien. Espiamos por una hendidura y vimos acercarse a mi madre.*

*—Sigo sin veros —dijo.*

*—¡Estupendo! —gritó mi padre. Se estiró y, ágil, saltó por encima de la empalizada—. Quédate un poco más —me dijo a mí. Ahora estaba convenciendo a mi madre para que intentara subirla.*

*—¿Pero por qué? —preguntó ella.*

*—Inténtalo —dijo él.*

*Mi madre tuvo que repetirlo un par de veces hasta que mi padre consideró que lo hacía con soltura. Entonces él se subió también y los tres nos quedamos en cuclillas dentro de la zanja.»*

Cuando los nazis llegan a casa de los Minco, ese escondite será útil, pero sólo para Marga. La culpa por haberse ocultado y por no haber acompañado a sus padres la perseguirá. La persigue.

Sola, Marga tiene que convertirse en otra. Aharon Appelfeld, judío superviviente de los campos de concentración, habla en *Historia de una vida* de las varias metamorfosis que padeció, de cómo para él la vida de Gregor Samsa no

XIV PRÓLOGO

era una metáfora y de cómo su fuga ahondó su condición animal: «A veces me parece que no fueron personas las que me salvaron, sino animales que encontré en mi camino [...] He notado que la gente de mi generación, sobre todo quienes eran niños en la época de la guerra, han desarrollado un sentimiento de desconfianza hacia los seres humanos. También yo, durante la guerra, prefería la compañía de objetos inanimados y de animales. Los seres humanos son impredecibles. Un hombre que parece razonable y tranquilo puede revelarse como un salvaje, y a veces como un asesino».

Marga se decolora el pelo, se vuelve «una rubia preciosa», se depila las cejas, consigue una nueva identidad y un nuevo nombre que no llegamos a saber, un nombre secreto, bonito pero indigno:

«—Actúa con normalidad —dijo Wout.

*Pensé en la época en que de verdad era normal. Me preguntaba cómo había sido. Me había olvidado de mi forma de mirar cuando iba por la calle, cómo me sentía cuando subía al tren, lo que decía cuando entraba en una tienda. Wout llevaba mi tarjeta de identificación. Me la dio antes de que subiéramos en el autobús. La otra ya la había tirado. Había costado mucho dinero, pero era muy mala. Ésta no costó nada.*

—¿Qué nombre me has puesto? —le pregunté.

—Un nombre bonito —dijo él.

*Me vino a la memoria una tía mía que una vez cayó muy enferma. En la sinagoga le rezaron las típicas plegarias para los enfermos de gravedad; le pusieron otro nombre, un*

*nombre bonito de un personaje de la Biblia. Y se recuperó.*

*Ya en el autobús examiné la tarjeta de identificación. Mi foto con el pelo claro y mi huella dactilar. Leí el nombre. Era como si me estuviera presentando a mí misma. Me lo repetí un par de veces en voz baja.»*

En realidad, el verdadero nombre de Marga Minco es Sara Menco. Nació en Ginneken, cerca de Breda, en 1920. A los dieciocho años se inició en el periodismo en un diario local, pero tuvo que renunciar por la presión del partido nazi holandés, que la obligó a dejar su empleo en 1940. Terminada la guerra, en la que perdió a toda su familia, se casó con el escritor Bert Voeten (1918-1992), y utilizó una cita suya para abrir *La hierba amarga*: «Por mi cabeza va circulando un tren lleno de judíos; cambio el pasado como si fuera una aguja...». En 1957, publicó *La hierba amarga*, con el que obtuvo el premio Vijverberg, que llamó la atención sobre su obra, que no se ha detenido con su testimonio del Holocausto.

Rubia, con otra identidad, metamorfoseada, Marga sigue vagando por Holanda, acogida en casas de granjeros que la tratan con displicencia. Espera que todo termine para volver a encontrarse con sus padres. Una espera que no dura siempre:

*«Me dirigí despacio a la parada. Ya había visto que no había ningún tranvía a punto de salir. Pero, entre tanto, había llegado uno del otro lado.*

*Me detuve para mirar a la gente que se bajaba, como si estuviera esperando a alguien. Alguien con una cara familiar que se parara delante de mí.»*

XVI PRÓLOGO

*La hierba amarga* nos recuerda a Primo Levi, que se suicidó en Turín; a Imre Kertész; a Irène Némirovsky, que murió internada en el campo de Auschwitz; a Paul Celan, que se suicidó en París; a Jean Améry; a Anne Frank, que murió en el campo de Bergen-Belsen; a Edith Stein, que murió en la cámara de gas de Auschwitz; a Tadeusz Borowski; a Aharon Appelfeld, que escapó, nos recuerda a quienes sufrieron la brutalidad y el odio de Hitler, y la brutalidad y el odio de otros muchos hombres que le obedecían.

El libro de Marga Minco, que aparece por primera vez íntegro en castellano\*, está escrito con una inocencia que resulta aterradora, con un dolor que cubre al lector como una losa de hielo, inquietantemente transparente.

FÉLIX ROMEO

\* Una edición «condensada» de *La hierba amarga*, bajo el título de *Las hierbas amargas*, apareció en *Selecciones de la narrativa mundial del Reader's Digest*. Marzo-Abril, 1980.